

do caso de que éste cayera en poder del enemigo, pues si le habia querido arrancar del trono, lo de privarle de la vida y la libertad no habia entrado en la mente de nadie. Según queda manifestado, ya se habia eximido á las fragatas de aguardar los salvo-conductos. Aunque fué Mr. Fouché mas leños, y de nuevo apremió al general Beker para que hiciera partir al ilustre fugitivo, enviándole todas las autorizaciones necesarias, salvo la de comunicarse con el crucero británico de miedo de que Napoleón por consecuencia de una extraña confianza se pusiera en manos de los ingleses. Mr. Fouché hizo que la comision ejecutiva expidiera el 6 de julio un postrer decreto, intimando al general Beker que obligara á Napoleón al embarque, y le hiciera conocer que así era indispensable para la seguridad de su persona, y le ofreciera todos los buques ligeros disponibles, si las fragatas estaban demasiado observadas, y hasta consintiera con el crucero inglés las comunicaciones, en contra de las ordenes anteriormente dadas, si bien por demanda escrita de su puño, á fin de no cargar con la responsabilidad de los resultas.

Tras de atender á la seguridad de Napoleón de este modo, Mr. Fouché aplicóse á reunir argumentos para la nueva conferencia que en Neuilly iba á ser celebrada. No habia otro mejor que la actitud de la guardia nacional parisiense. Despues de ver la vuelta de Napoleón con disgusto, esta guardia que hasta deseaba á los Borbones, aunque sin las rancias ideas, y las pasiones, y la arrogancia de los emigrados, no cesaba de llevar la escarapela tricolor ni de echar abajo la bandera blanca, donde quiera que aspiraban á enarbolarla los rea-

listas. Merced á las relaciones que mantenía con los principales gefes de la guardia nacional parisiense, Mr. Fouché promovió una declaracion de su parte, reducida á expresar respecto de la bandera tricolor una adhesion perseverante y fundada en la gloria y en la significacion política de la tal bandera. Esta declaracion fué autorizada con las firmas de los hombres de más distincion entre el vecindario.

No se atuvo Mr. Fouché á esta demostracion tan solo. Auxiliado por Mrs. Jay, Manuel y los numerosos representantes, que seguian sus consejos, de la Cámara obtuvo una declaracion de otra clase, aunque todavía más significativa. La constitucion que se habia empezado á redactar por los representantes, sobre ser larga y difusa, no tenia probabilidades de ser aceptada por los Borbones. De mucha mayor monta que su trivial texto eran á todas luces los principios adoptados para su formacion definitiva. A instigacion de Mr. Fouché en forma de artículos se segregaron las bases esenciales de todas las constituciones, las que se deberian exigir de todo gobierno, cualquiera que fuese este, y con ellas se hizo una declaracion terminante, la cual habia de ser aceptada por el monarca, aún no designado, que subiera al trono. Este monarca no designado, sin duda alguna era Luis XVIII, si suscribia á los principios enunciados. Ocioso se hace puntualizar aqui tales principios, habiéndose expresado sin brillantez entonces, y siendo los mismos que con una perseverancia muy honrosa, Francia no ha cesado de proclamar desde el año de 1789, siempre que no se la ha arrebatado la libertad, socolor de restituirla el órden.

Mientras Mr. Fouché se aplicaba á estos cuidados, por desgracia ya muy tardíos é infructuosos, la corte de Luis XVIII, trasladada primero de Gante á Cambrai, y despues de Cambrai al palacio de Arnouville, se ócupaba en lo que tan luego como se hallase en París habia de poner en planta. Los principales personajes de esta corte, rey, príncipes, cortesanos, ministros, embajadores, generales extranjeros, acrecidos con muchedumbre de adoradores de la fortuna renaciente, confusamente discutian sobre las resoluciones que deberian ser tomadas, pues las revoluciones, otorgando la palabra á todos, hasta las cortes transforman en república por un momento. Segun la mayoría de aquellos charladores, sacrificar la bandera blanca á la bandera tricolor era como sacrificar la legitimidad á la rebeldía. Modificar, amplificar la Carta era aumentar el mal, lejos de disminuirlo. Ya hay de sobra, decian, con el mantenimiento de la Carta, sin añadirla nuevos ensanches. Para ellos los principios llamados *de ochenta y nueve*, no eran más que una parte de las heregias revolucionarias, á que hubo la debilidad de dar fomento; y así como á sus ojos la primera revolucion se explicaba por algunas faltas individuales, y de ningun modo por causas generales, la última revolucion del 20 de marzo se explicaba por una conspiracion á cuyos principales autores habia que imponer castigo, y por otros accidentes, como la obstinacion en conservar á Mr. de Blacas, y la repugnancia á servirse de Mr. Fouché. Segun dijimos no hace mucho, el emigrado Mr. de Blacas y el regicida Mr. Fouché, blanco eran entonces de una censura universal el primero y de un favor general el segundo. Al

decir de estos realistas, Mr. de Blacas lo habia perdido todo, al revés Mr. Fouché todo lo hubiera salvado si se aceptaran sus servicios, y si se aceptaban al cabo, aun lo podria salvar todo. Sin duda que era regicida, pero esta razon era más en su abono, pues habia salido de aquella caverna infernal llamada revolucion, la conocia perfectamente y haria que se volvieran á meter allí los demonios escapados de su seno. Solo habia que tomar una precaucion respecto de su persona, y estribaba en exigir que renegara de su origen del todo. Luego que esta completa traicion á su origen estuviera consumada, y á atestiguarlo así llegaron Mr. de Vitrolles y otros muchos. Con admiracion se relataban sus profecías, que se acoplaban despues de los sucesos. Mr. Fouché habia dicho á Mr. Dambray la vispera del 20 de marzo: —Ya es demasiado tarde; Napoleon entrará en París, reinará algun tiempo, no mucho; será derrocado, y volveremos á traer al monarca.—Solo el hombre que habia penetrado cosas tan profundas, se hallaba en el caso de completar la profecía. De consiguiente convenia tomarle de las mismas manos de Napoleon, á quien habia derrocado, y nombrarle ministro de Luis XVIII, de quien seria el más sólido apoyo.

Mr. de Talleyrand fomentaba esta pasión extrema, á pesar de que no le gustaba tener rivales. Sin embargo se conocia poco idóneo para velar por lo interior del reino, y bajo este concepto cedía á monsieur Fouché la palma. Además creyendo la tarea de expionar, de pagar, de dispensar, de encerrar, de desterrar, y de hacer fusilar á los hombres ilustres ú oscuros de los partidos, muy inferior á la

de tratar con las potencias de Europa, no tenia celos de Mr. Fouché ni por asomo, y consideraba que apoyado fuera, donde á la sazón estaba la fuerza, sirviéndose de Mr. Fouché para depurar lo de dentro, por sí gobernaría sobradamente á Francia. Asi propuso al rey que nombrara á Mr. Fouché ministro de la Policía. Tambien el duque de Wellington apoyábale en igual sentido, y sobre los motivos enumerados, otro existia favorable á monsieur Fouché por extremo. Se necesitaba entrar en París y restablecer allí á los Borbones, pero se necesitaba entrar conforme al programa simulado de las potencias, programa especialmente necesario á lord Castlereagh, y consistente en no imponer ostensiblemente un gobierno á Francia. Sin esta precaucion obligada, no habia más que dejar obrar al impetuoso Blucher á sus anchas, y todo quedaria acabado en el término de dos horas. Solo Mr. Fouché sabia llevar la cosa á remate sin el auxilio de las bayonetas, y por obra de la guardia nacional parisiense. Asi á Mr. Fouché preconizaron la corte por cierta especie de supersticion, Mr. de Talleyrand por la necesidad de una mano hábil para regir lo interior del reino, el duque de Wellington por tener un introductor de los Borbones sin apelar á la violencia, y vencieron la repugnancia de Luis XVIII á nombrarle ministro. Ya se habia ejercido respecto de este principe la primera violencia, arrancándole á Mr. de Blacas, ahora se le hizo la segunda, obligándole á aceptar uno de los jueces de su hermano. Se le hizo muy cuesta arriba, porque era orgulloso, no amaba á los intrigantes, y menos á los que habian andado con el conde de Artois en manejos, y Mr. Fouché tenia todos estos in-

convenientes á sus ojos; pero cuando se insistia mucho y con firmeza, se rendia al cabo. De consiguiente se avino á dejar á Mr. Fouché el ramo de la policia, si bien negándose á hacer una nueva declaracion de principios, y á que la bandera tricolor quedara subsistente.

Tal era en la corte la situacion de las cosas, cuando Mr. Fouché volvió á Neuilly el 6 de julio por la noche. Allí empezó nuevamente su clamoreo sobre el estado interior de la capital, muy agravado á su decir de resultas de la vuelta de los plenipotenciarios, trayendo de Haguenau la falsa idea de que ningún empeño tenian los soberanos por los Borbones, á consecuencia de la resolucion de la guardia nacional de París de conservar la escarapela tricolor, y de la declaracion de principios de la Cámara de representantes. No se dieron muestras de tomar las aprensiones de Mr. Fouché en serio. A mayor abundamiento le respondia el duque de Wellington que en todo caso allí estaban para lo que fuera preciso los ingleses y los prusianos, aun cuando se deseara no emplearlos sino lo menos posible. En cuanto á los informes de los plenipotenciarios, el duque de Wellington dijo que les habian engañado ó se habian engañado á sí propios, y enseñó las cartas de lord Stewart, presente á la entrevista de Haguenau y que no consentian la más leve duda acerca de los sentimientos de los soberanos. Respecto de una nueva declaracion de Luis XVIII, con la de Cambrai habia suficiente y exigir otra seria hacer que anduviera en divagaciones la corona. Acerca de amnistia, el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand hicieron al fin resonar en los oidos de Mr. Fouché la palabra esencial á todas luces, diciéndole de este

modo:—La amnistía sois vos en el ministerio de la Policía ¿Qué hombre de la revolución podrá temblar cuando estéis al frente del ministerio de los rigores?—Con efecto parecía que, estando al lado del monarca un regicida, nadie podía abrigar zozobras. Pero si había disposición á perdonar á los inmoladores de Luis XVI del todo, no se perdonaba á los supuestos autores de la revolución del 20 de marzo. Mr. Fouché conocíalo vagamente, y á estos no les cubría su presencia en el ministerio de la Policía, pero se le habló con tono tan absoluto, y además se le hizo tal presente, que no se determinó á la insistencia. Respecto de los tres colores se le puso de manifiesto que de esta suerte se inferiría un ultraje á Luis XVIII, y sometióse al cabo, no logrando otra concesion que la de ejercer en persona el más temible ministerio.

Juntos sentáronse á la misma mesa, y despues se encaminaron á Arnouville para la presentacion de Mr. Fouché á Luis XVIII. No anhelaba monsieur Fouché otra cosa, y no lo había podido conseguir durante la restauracion primera. Viva satisfaccion experimentó de resultas, y al aspecto del monarca, que no le recibió sino con extremada violencia, ya figuróse que la nota de regicida se había borrado de su frente. Su papel había estudiado el monarca, segun solia en las ocasiones graves, y acogió á Mr. Fouché muy cortesmente, y cual si no conociera mas que una parte de su vida. —Me habeis prestado muchos servicios, le dijo, y aun me prestareis otros. Mucho deseaba agregaros á mi gobierno, al fin se me logra ahora, y espero que me servireis útil y fielmente.—Mr. Fouché inclinóse con la humildad de un perdonado, y en

este momento mereció las exageraciones de sus enemigos, al dejarse dar gracias por traiciones que no había cometido, en su totalidad á lo menos. Lleno de alborozo salió de esta entrevista, y cruzó por entre oleadas de cortesanos, curiosos de ver á un personaje, que para ellos era una especie de monstruo, si bien un monstruo provechoso, de quien se decía que debía servirse el rey, porque le pondria á cubierto de nuevas catástrofes. Los espíritus sensatos de aquella corte se dolieron de que no se hubiese preferido otorgar algo mas de libertad á valerse de hombre semejante. Aprobando mucho el duque de Wellington el nombramiento de monsieur Fouché, bien que insistiendo vivamente por la adopcion de la bandera tricolor, para no dejar una bandera tan popular á los enemigos de los Borbones, no pudo menos de exclamar con despecho:—¡Qué gentes! ¡Mas fácil es hacerles admitir un regicida que una idea razonable!—

De vuelta en París el duque de Otranto sintióse en no poco apuro de revelar á sus colegas cuanto había de poner en su conocimiento. Les confesó sus entrevistas con los gefes de los aliados, tomando por pretexto su deseo de evitar una segunda restauracion ó á lo menos admitirla bajo buenas condiciones. Pero difícil era por extremo anunciarles definitivamente que debían ser admitidos los Borbones, que mas allá de la declaracion de Cambrai no había obtenido nada, ni amnistía general, ni bandera tricolor, ni mantenimiento de las Cámaras actuales, y que todas las garantías otorgadas se reducían á una cartera para su persona. Sin embargo, como al fin tenia que venir al remate, les declaró que los plenipotenciarios vuel-

tos de Haguenau se habian engañado; que nunca se habia pensado en dejar libertad á Francia para elegir otra dinastía que la de los Borbones; que no habia sido mas que fingimiento la reserva guardada sobre este punto; que era menester recibir á Luis XVIII sin tardanza; que por otra parte se tendria cuanto Mr. de Talleyrand habia prometido, esto es, abandono de la ley sobre imprenta; ciertas modificaciones de la Carta; unidad del ministerio; olvido de lo pasado, y en testimonio de la sinceridad de este olvido, su propio nombramiento para ministro de la Policia. ¡Singular declaracion sin duda para espetada á sus colegas todos! Mr. Fouché la hizo, no sin protestar que habia aceptado este papel solo por pura adhesion á los hombres de la revolucion, del imperio y del 20 de marzo, y que por salvarlos únicamente habia consentido en ser ministro de Luis XVIII. Con mas verdad hablaba de lo que daba muestras, en cuanto al resultado, ya que no en cuanto al designio, pues entre las cabezas actualmente amenazadas, solo monsieur Fouché podia salvar á las que no estaban irrevocablemente condenadas á la venganza de los emigrados; y si ante todo queria permanecer en las regiones del mando, tambien es indubitable que descaba justificarse del desdoro de su conducta, evitando todo el mal que estuviera á su alcance.

Esta excusa, verdadera pero villana, pues no es lícito consumir por sí la mitad del daño, para impedir que la otra mitad sea consumada por otros, no podia tener buen éxito en el seno de la comision ejecutiva. Mrs. Quinette y Grenier, personajes inactivos, y Mr. de Caulaincourt, personaje desalentado, guardaron silencio; pero Carnot,

impetuoso, inconsecuente por generosidad, no acordándose á soportar á los Borbones, despues de hacer lo que era necesario para producir su vuelta, se arrebató por extremo, y habló de traiciones, y casi estuvo insultante respecto de Mr. Fouché, aunque sin alterar la impassibilidad de su colega, á cuyo rostro jamás hizo subir la sangre el orgullo del alma. Descreido, sindignidad, aunque sin maldad en el fondo, el duque de Otranto habia sido elegido por la Providencia para servir en esta nueva revolucion de intermediario entre gentes que deseaban imponer los Borbones y gentes que consentian en someterse á su restablecimiento, pero unos y otros sin que apareciese de tal modo. ¡Triste comedia en que nadie triunfaba mas que la naturaleza de las cosas, siempre lógica y siempre invencible!

Despues de lo que acababa de acontecer ni una hora mas podian estar juntos Mr. Fouché y sus colegas. Asi convinieron en presentar su dimision á las dos Cámaras, y la enviaron de seguida. Sin decir palabra separóse la Cámara de los pares, y para no reunirse ya de nuevo. Al recibir la dimision de la comision ejecutiva, igualmente guardó silencio la Cámara de representantes, si bien persistió en la triste comedia de discutir una constitucion que, mas efimera todavia que cuantas se resienten de instables, no habia de durar ni veinte y cuatro horas. De acuerdo con el general Dessoles, nuevamente gefe de la guardia nacional parisiense, monsieur Fouché habia elegido hombres, cuyas opiniones realistas garantizasen su conducta, y á los cuales se encargó ocupar las avenidas del palacio legislativo, para impedir su acceso á los represen-

tantes. En el *Monitor* publicóse una decision que declaraba las Cámaras disueltas, y anunciaba la entrada de Luis XVIII para la tarde del 8 de julio. Por la noche fué Mr. Fouché á ver de nuevo al monarca para anunciarle que todo estaba ya corriente para su recibimiento. Se le acogió como al hombre á quien los Borbones debian mas que al vencedor de Waterloo.

Acabemos esta relacion triste, y añadamos que asi como la Cámara de representantes apenas habia sobrevivido á Napoleon unos quince dias, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché no sobrevivieron á esta Cámara mas que algunos meses, y uno revestido con un alto cargo de córte y otro condenado á un destierro disimulado, los dos fueron á incorporarse en la inaccion ó en la desgracia á todos los grandes actores de la revolucion y del imperio. Tales el fruto que recogieron unos y otros de esta postrema tentativa del 20 de marzo, tan deplorablemente terminada el 8 de julio, y conocida bajo la designacion generalmente admitida de los *Cien Dias*. De ella sacó Napoleon una posicion cruel y una derrota como no habia sufrido ninguna; las Cámaras, que le derribaron del trono, solo sacaron dos semanas de la mas humillante figura; Mr. Fouché quedó mancillado; Ney y La Bedoyère solo alcanzaron una trágica muerte; Francia no mas que una segunda invasion, la pérdida de Saboya y de muchas plazas importantes, la privacion de las obras maestras del arte, una contribucion de 2,000,000,000 de francos, una larga ocupacion extranjera, el desbordamiento de tristes pasiones, y nadie, en fin, ganó un ápice de pura gloria, nadie sino el ejército que expió sus culpas con un heroismo incompa-

table. De toda su severidad se debe armar la historia contra una tentativa tan desastrosa, pero para juzgarla bien, preciso es considerarla en su conjunto, esto es, en sus causas y en sus efectos, lo cual vamos á tratar de hacer al concluir este libro.

Al quitar las potencias aliadas á Napoleon el imperio francés en el año de 1814, le dejaron la posibilidad de tornar á poseerlo, y bien pronto le inspiraron tentacion semejante con su conducta. ¡Imposible que asistiese tan de cerca á las escenas de codicia de Viena, á las escenas de reaccion de París, sin aspirar á sacar fruto de tales faltas! Para esto se necesitara que la ambicion no extinguida por cierto á la sazón en ninguna parte, se hallara desvanecida en el corazon mas ambicioso y mas audaz del mundo. De consiguiente Napoleon abandonó la isla de Elba y desembarcó en Francia, y á su vista el ejército y los funcionarios públicos y los compradores de bienes nacionales corrieron á su encuentro, y respecto de ellos con superior habilidad hizo uso de cuantas ventajas se le habian proporcionado. Su marcha desde Cannas hasta Lion fué un prodigio; pero al pedirle cuenta de una tentativa, que tan funesta debia resultar para Francia, tambien hay que pedírsela de igual modo á los que con su torpeza y con sus pasiones le inspiraron la idea y le facilitaron los medios de ponerla por obra.

Llegado á París se detuvo al instante, en lugar de continuar hasta las márgenes del Rhin su triunfal marcha. Desde allí propuso la paz, y la propuso de buena fé y con cierta especie de humildad que convenia á su gloria. No se le dió mas respuesta que un silencio ofensivo. A pesar de todo per-

sistió en la propuesta, sin que á la par dejara de hacer aprestos de bulto. Eligiendo con gran tino en los re-atos del estado militar francés los elementos buenos todavía para empleados, con los soldados vueltos del extranjero y con los oficiales dejados á media paga formó un ejército activo de trescientos mil combatientes, y para que se hallara disponible del todo, á las plazas llamó cerca de doscientos mil guardias nacionales movilizados, elegidos en las provincias fronterizas entre los hombres que ya habían empuñado las armas, y que por su adhesión y su edad y su fuerza física aun eran aptos para prestar á su país este último servicio. Al mismo tiempo cubrió á Paris con quinientas bocas de fuego, allí juntó los depósitos, los marinos, los veteranos, y resolvió hacer cara al enemigo, apoyándose en la capital fortificada y maniobrar fuera con doscientos mil hombres. Vuelto allí el 20 de marzo, y habiendo concebido y ordenado del 23 al 27 estos planes, al principio dispuso que á las calladas los ejecutaran las oficinas, si bien los publicó luego, cuando las manifestaciones de Europa no dejaron ninguna duda, y en lugar de hacer que Francia se durmiera al borde de los peligros, se los dio á conocer por completo, llamándola toda entera á las armas.

No se podia obrar mejor, ni ir mas allá ni con mas presteza.

No menos lisa y hábilmente obró en lo interior, aunque sin mejor suceso. Fuera, en lugar de la guerra, que se esperaba de su persona, había ofrecido la paz, sin ser oido, porque no inspiraba ninguna confianza. Dentro, en lugar del despotismo que se aguardaba de igual modo, ofreció la liber-

tad, sin que tampoco se le diera asenso. De no hallarse de buena fé, un medio sencillo tenia de salir de estas dificultades, y estribaba en convocar una asamblea constituyente, y entregarla á la confusión de los sistemas, con lo que la cubriera de ridiculo, y en seguida quedara por amo de todo. Por el contrario envió á buscar sin tardanza al escritor mas afamado del partido liberal, á Mr. Benjamin Constant, su enemigo declarado, y sin trabar disputa sobre ninguno de los principios esenciales que forman la verdadera monarquía constitucional, le dejó que en el *Acta adicional* la incluyera por completo. No era el título oportuno, pues recordaba demasiado el primer imperio, bien que habia con leer el *Acta adicional* para persuadirse de que no era el primer imperio ni por asomo, sino simplemente la verdadera monarquía constitucional, la que de dos siglos atrás asegura la libertad y el poderío de Inglaterra. Pero tan general era la desconfianza, que el *Acta adicional* fué condenada por su título solo, y se creyó tener de nuevo al déspota de 1811 en toda la plenitud de su poder arbitrario. No obstante convenia aspirar á vencer la incredulidad universal, al modo que muy luego se iba á aspirar á vencer á la Europa coaligada. Entonces habia un hombre que gozaba de gran crédito entre los amigos de la libertad, Mr. de Lafayette, el cual, haciendo justicia al *Acta adicional*, decia que creeria en ella, si al punto se ponía en planta, esto es, si se convocaba á las Cámaras de seguida. Napoleon resistió ahora, manifestando que Cámaras nuevas y no habituadas á las situaciones extremas de ningun modo, se hallarian mal adecuadas para asistir á los horrores de la guerra,

y que en lugar de apoyar al gobierno, de fijo serian causa de su pérdida, si no se conservaban en calma. Se insistió nuevamente, y para que á su sinceridad se diera asenso, Napoleón convocó las Cámaras sin demora, y así cometió una falta exigida imperiosamente por lo falso de su situación presente. Por supuesto se ha dado que todo esto era fingido, y que no cedia Napoleon sino para lograr un momentaneo apoyo, sin perjuicio de romper muy luego el instrumento de que se habia servido. Seguramente dificiles son de penetrar las profundidades de alma semejante, y cada cual es dueño de ver en lo íntimo de ella cuanto sea de su agrado. Por nuestra parte creemos en el genio de Napoleon de plano, y su genio le decia que en el estado de las sociedades modernas, se necesitaba dejar que se gobernasen por sí mismas únicamente á tenor de su prudencia, y que un hombre por magna que fuera su alma, á otro día de grandes trastornos podia tener la pretension de avasallarlas un momento, si bien un momento solo, y que este momento habia pasado para su persona, habiendo acertado la duracion con sus faltas. A mayor abundamiento, ocupadísimo en vencer á Europa y habiendo concentrado toda la pasion de su alma en tal designio, se cuidaba muy poco del poder que se le dejaria despues de la guerra, diciéndose que en todo caso tendria bastante para su hijo. Si se insiste á pesar de todo, y se pregunta acerca de lo que hubiese hecho triunfante, nosotros responderemos que estas cuestiones fundadas en lo que un hombre hubiera hecho en tal ó cual circunstancia no realizada, siempre se resienten de pueriles, porque la resolucion es puramente de conjeturas; que en mate-

ria de libertad bueno es tomarla de cualquier mano, sin perjuicio de usar de ella lo mejor posible; que con los espíritus eminentes se disputa menos que con los espíritus limitados, porque las cuestiones se reducen á los puntos esenciales; y finalmente que si la fogosa índole de Napoleon se hubiera amontonado á impulsos del agudo aguijon de la libertad no le pasara ni más ni ménos que á todos los príncipes que la ensayaron en Francia, y sucumbieron á causa de no haberla aceptado en todas sus consecuencias.

Por lo demás todos estos son problemas insolubles. Lo cierto es que Napoleon otorgó la monarquía constitucional completa, que no fué creído, castigo justo de su pasado, y que para que se le diera asenso, se vió obligado á poner en accion sin tardanza esta monarquía, y así convocó las Cámaras de resultas. Estas Cámaras se compusieron de hombres francamente adictos á la dinastia imperial y á la libertad, si bien llegaron plenamente poseídas del sentimiento público de la desconfianza, y sobre todo temieron aparecer juguete del despota á quien se suponía ya enmendado. Alarde hicieron de una singular susceptibilidad en todas las ocasiones, y lejos de mostrarse unidas al poder ante Europa, se las vió con prisa en crearle obstáculos más bien que en prestarle su apoyo. Los ministros, elegidos entre los varones de más nota y mas dignos de estimacion por entonces, Davout, Caulaincourt, Carnot, Cambacères, habian aprendido á someterse á la voluntad de un señor absoluto, no á persuadir á hombres congregados, y tan torpes á mostraron como las Cámaras dificultosas. Al ver Napoleon surgir la discordia, cuando necesita-



ra de la union para salvar á Francia, se apresuró á ir á buscar en los campos de batalla el ascendiente, que para dominar los ánimos le faltaba ahora. Su eleccion podia hacer entre dos planes; uno defensivo consistente en aguardar al enemigo bajo Paris fortificado, y en maniobrar fuera con doscientos cincuenta mil combatientes; otro ofensivo consistente en anticiparse á las dos columnas invasoras, en caer sobre la que estaba á su alcance, y batirla al punto, y en lanzarse despues sobre la otra con todo el prestigio de la victoria. Ciertamente el primer plan era mas seguro, bien que lento y doloroso, pues dejaba que fuesen invadidas las más hermosas provincias francesas; por el contrario se resentia de aventurado el segundo, si bien era pronto, decisivo en el caso de salir con fortuna, y el gran jugador quiso tirar de seguida los dados.

Sabido es lo que aconteció en esta campaña de tres dias. Tras de juntar ciento veinte y cuatro mil hombres y trescientas cincuenta bocas de fuego, sin que lo echara de ver el enemigo, distante solo dos leguas, en accion entró el 15 de junio por la mañana, sorprendió á Charleroy, cruzó el Sambra, y hallando descuidado un hueco entre los ingleses y los prusianos, segun lo tenia previsto, por allí metióse al punto, y logró batir en Ligny á los prusianos separadamente, y mientras oponia el mariscal Ney á los ingleses en los Cuatro Brazos. Si menos agitado por las pruebas á que se vió sometido este año, Ney tuviera su arrojo de costumbre, repelidos quedaran los ingleses de los Cuatro Brazos y la victoria de Ligny tuviera fijamente por resultas la destrucción completa del ejército prusiano. Desgra-

ciadamente, aun heróico siempre, Ney anduvo en vacilaciones, y la victoria de Ligny no produjo consecuencias tan grandes como debió producir sin duda. No obstante, en su parte esencial el plan de Napoleon habia salido á maravilla, pues batidos quedaban los prusianos y separados de los ingleses. Dejando Napoleon al mariscal Grouchy el cuidado de ir en su seguimiento, al punto marchó en persona detrás de los ingleses, y les dió alcance. Una tempestad espantosa retardó la batalla del 18 de junio, no comenzando hasta cerca de medio dia. Todo auguraba el triunfo, asi el plan del caudillo como el ardimiento de las tropas, si bien desde los principios asomó hácia la derecha el espectro del ejército prusiano, al cual debia seguir el mariscal Grouchy y no siguió de ningun modo. Entonces Napoleon vióse en la necesidad de dividir su ejército y su espíritu para hacer frente á dos enemigos á un mismo tiempo. Mientras con prudencia profunda y con firmeza imperturbable se aplicaba á economizar sus fuerzas, para desembarazarse primeramente de los prusianos, sin perjuicio de volver de seguida sobre los ingleses, no pudiéndose ya Ney ir á la mano, prematuramente prodigó la caballería, que era el más precioso recurso de los franceses, y cuando, tras de triunfar de las dos terceras partes del ejército prusiano, Napoleon se iba á juntar á Ney para acabar con el ejército inglés al golpe, se vió súbitamente acometido por el resto de los prusianos, que Grouchy habia dejado pasar á pesar del grito de sus soldados, y despues de hacer prodigios de tenacidad perdió una verdadera batalla de Zama. Su espada quedó alli rota para siempre.

¿Acaso hubo aquí faltas? Falta militar no hubo ninguna, faltas políticas ó morales todas las del reinado. Aquellos generales turbados sin ser menos valerosos, aquellos soldados fanáticos peleando ordenadamente, y cayendo en una confusion espantosa despues de un sublime esfuerzo de heroismo, aquellos enemigos queriendo morir hasta el postrero antes que ceder lo más leve, obra era de Napoleon por completo, su obra de quince años, pero no su obra de tres dias, pues capitán insigne siguió durante ellos.

Replegado sobre Laon, allí pudo allegar las reliquias de las tropas, y dejar que las Camaras anduvieran en divagaciones, pues no le despojaron de su caballo de batalla. Pero Grouchy no habia dado señales de vida; sano estaba y salvo, pero aún se ignoraba entonces, y Napoleon debió juzgar que en Laon no tendria que correr más que detrás de fugitivos. Si supiera que á la vuelta de tres dias se le lograra juntar sesenta mil hombres, allí aguardara de cierto, como que volvian reanimados hasta el extremo de la furia. Al verse en Laon sin soldados, se vino á París con el objeto de pedirse los á las Cámaras sin demora, aun cuando con escasísimas esperanzas de que le fuesen concedidos, porque á la siniestra luz del sol poniente de Waterloo habia leido su destino todo. Llegado á París, su presencia hizo brotar de todos los espíritus una idea, muy natural á todas luces. Este hombre habia comprometido á Francia con Europa, y aun la comprometia gravemente. Cuando la podia dar amparo, no era tanto el peligro, pero no pudiendo ó no sabiendo ya vencer ahora, su presencia era un peligro sin compensacion alguna. Sentimiento ge-

neral se hizo el de separar de Napoleon á Francia, y se le pidió la abdicacion de la corona, teniendo suspendida la destitucion sobre su cabeza.

Napoleon podia disolver la Cámara de representantes; le asistia este derecho, y hasta era deber suyo, si esperaba salvar al pais de este modo. Pero apenas lograra resistir al enemigo ni aun teniendo detrás de sí á las Cámaras y á Francia estrechamente unidas; reducido á tentar una especie de golpe de Estado contra las Camaras, donde se hallaba su propio partido, el partido liberal y revolucionario, no quedándole más luego que la porcion enérgica y violenta de la poblacion y obligado á servirse de ella para sujetar á las clases elevadas, no pareciera sino un soldado furioso, defendiendo su vieja tiranía con los restos espirantes del bonapartismo y de la demagogia. Con tales recursos no le era posible salvar á Francia, y dudando del suceso, y teniendo repugnancia á este arbitrio, al fin renunció á toda tentativa de tal clase. A la sazón un hombre, no malvado, si bien descreído, Mr. Fouché, no amando á los Borbones, que le tenian odio, amando todavía ménos á Napoleon, que le ponía freno, deseando hacer figura en todo, hasta en medio del caos, así que para deshacerse de Napoleon halló favorable coyuntura, la aprovechó al golpe y desencadenó el patriotismo de Mr. de Lafayette, transmitiéndole el aviso, falso por completo, de que iba á ser disuelta la Cámara de representantes. Mr. de Lafayette denunció este proyecto, y poseida la Cámara de representantes de la idea de ser necesario arrancar de manos de Napoleon á Francia toda ensangrentada, por traidor declaró á todo el que la disolviera, y colocó á Na-

poleon en la alternativa de abdicar ó de ser destituido; y por segunda y última vez abdicó de resultas.

Nada había en esto de culpa respecto de la Cámara de representantes, bajo una condición sin embargo, la de reconocer el verdadero estado de las cosas, la de tomar en cuenta que una vez desertado Napoleon, toda resistencia era imposible; que había necesidad de celebrar la paz cuanto antes, llamando á los Borbones y procurando obtener condiciones en beneficio de la libertad y de ilustres cabezas comprometidas. Con el simple buen sentido de un soldado, el mariscal Davout comprendió la dificultad de la guerra sin Napoleon, y propuso la vuelta de los Borbones, no por medio de intrigas, sino haciendo á las Cámaras una declaración franca. A Mr. Fouché no convenia esta manera de conducir las cosas. Aun tratando secretamente con los realistas, por todas partes aspiró con ahínco á buscar otra solución que la de ellos, y no encontrándola de ningún modo, al fin vino á parar á los Borbones, bien que alargando todavía secretamente la mano para que allí se depositara el precio de sus equívocos servicios. Mas al prolongar la crisis de esta suerte, solo consiguió hacerla humillante para todos, porque, una vez Napoleon humillado, la asamblea fué ridícula creyendo sobrevivirle y no haciendo más para defenderse que proclamar los derechos del hombre; al mismo ridículo expusieron Carnot y Mr. de Lafayette su noble vida, proclamando el primero la imposibilidad de defender á París y no queriendo á pesar de todo aceptar á los Borbones, y creyendo posible el segundo que fueran admitidas la república ú otra dinastía por los

soberanos aliados; finalmente al ridículo añadió lo odioso Mr. Fouché, el habil por excelencia, con apariencias de burlarse de todos, de Napoleon, de las Cámaras, de sus colegas, y burlado á su turno tres meses más tarde, despedido de mala manera, desterrado y acabando tristemente su carrera, sin poder presentar ante el tribunal de la historia más que una sola excusa, la de haber hecho uso de la cartera de la Policía, tan indignamente aceptada de los Borbones, en el sentido de no cometer otro daño que el que no pudo evitar bajo ningún concepto, triste excusa, porque para un hombre de bien es repugnante producir mal y mucho, para impedir que hagan más otros. ¡Afflictivas y deplorables escenas estas, que para los Borbones y los realistas eran un cruel desquite del 20 de marzo! Al contemplar espectáculo semejante, se concibe que mejor valiera cien veces, que en tal fecha no fueran expulsados los Borbones, pues Napoleon no contara en su vida la jornada de Waterloo, ni las Cámaras vieran su recinto cerrado por las bayonetas enemigas, ni segunda vez sufriera Francia la presencia del extranjero dentro de sus muros, haciéndola presa de exacciones, de despojos y humillaciones. Mas para que sucediera de este modo, se necesitara que Napoleon permaneciera en la isla de Elba, y que muriese allí escribiendo sus altos hechos; que, en lugar de pensar los revolucionarios en derrocar á los Borbones, solo hubieran pensado en obtener de ellos la libertad á fuerza de prolijos y pacientes afanes; que los mismos Borbones no hubieran tratado de ultrajar á los revolucionarios, de engañar á los liberales, de alarmar todos los intereses, de descontentar

tar al ejército, lo cual equivale á decir que se necesitara que hubiese prudencia en todos ¡Pueril quimera! se exclamará acaso; pueril sin duda hasta el extremo de desesperar á cuantos de la experiencia quieren sacar útiles enseñanzas. No hay que desalentarse á pesar de todo. Sin duda queda poco de las lecciones de la experiencia, si, muy poco, menos de lo que se ha derramado de sangre, y de lo que se ha sentido de dolores. Pero esto poco acumulado de generacion en generacion acaba por componer lo que se denomina la prudencia de los siglos, y hace que los hombres, sin llegar á ser prudentes, pues no lo serán nunca, de fijo vayan siendo sucesivamente menos ciegos, menos injustos, menos violentos unos respecto de otros. Fuerza es perseverar de consiguiente, y buscar hasta en los sucesos más dolorosos nuevos motivos para inducir á los hombres á la razon, á la templanza, á la justicia, y aconsejárselas tambien á los partidos. Con evitar una falta, nada más que una, se debería dar por bien empleada la tarea. Y nosotros que pudimos temer el año de 1848 ver el de 1793 reproducido, y que no presenciámos nada semejante por fortuna, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, á fin de que alguna vez á lo menos resulten fructuosas.

## LIBRO SESENTA Y DOS Y ULTIMO.

### Santa Elena.

Irritacion de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, acusado de haber hecho que Napoleon logre escape.—Viaje de Napoleon á Rochefort.—Acogida que se le hace en el camino y á su llegada á dicho punto.—Prolongacion de su permanencia en la costa, con la esperanza de algun suceso imprevisto.—Por un momento le ocurre lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira.—De seguida renuncia á tal pensamiento.—Diversos medios que se le proponen de embarque.—Napoleon acaba por desecharlos todos, y al crucero inglés envia un mensaje.—El capitán Maitland, que manda el *Belerofonte*, al mensaje da por respuesta que carece de instrucciones, si bien supone que Inglaterra le concederá una hospitalidad digna de aquella nacion y de su persona.—Napoleon abraza el partido de pasar á bordo del *Belerofonte*.—Acogida de que allí es objeto.—Viaje á las costas de Inglaterra.—Curiosidad extraordinaria que excita Napoleon, en el ánimo de los ingleses.—Decisiones del ministerio británico respecto de su persona.—Para su detencion queda elegida la isla de Santa Elena.—Como simple general será considerado, con centinelas de vista, y sin permitirsele más que tres compañeros de destierro.—Napoleon es trasbordado al *Northumberland* desde el *Belerofonte*.—Su despedida de Francia y de los amigos que no pueden ir en su compañía.—Viaje por el Atlántico.—Solicitudes atenciones que á Napoleon dedican los marinos ingleses.—Sus ocupaciones durante la travesía.—Allí refiere su vida, y le empieza á dictar para escribirla toda, á instancias de sus compañeros.—Navegacion larga.—Llegada á Santa Elena á los setenta dias de viaje.—Aspecto de la isla.—Su configuracion, su su-